

Ferrater Mora

BALTASAR PORCEL

La muerte de Ferrater Mora me ha aturdido. Hace pocos días todavía hablábamos los dos, almorzando, sobre sus, en todos los sentidos, ágiles 78 años, pese a haber padecido un cáncer hace algún tiempo. Estábamos trágicamente equivocados. Lamento profundamente que este hombre haya muerto y me aferro, asombrado, a los muchos recuerdos que guardo de nuestra amistad, que hace dos días ahí estaban sin especial significación y que hoy resplandecen con una extraña luz crepuscular cuya vivencia sólo yo conservo. José Ferrater Mora escribió, por accidente y para ganar algo de dinero, un libro en catalán en su exilio de Chile, en 1943, "Les formes de la vida catalana". Y sintiéndose muy catalán, sin embargo, toda su obra se inscribe por expresa voluntad en la lengua, la filosofía y la literatura españolas. Aunque también escribió en inglés, fruto de su larga residencia en Estados Unidos. Ferrater era un políglota, un intelectual de nerviosa y afilada, extraordinaria inteligencia, entendida en sus más puras acepciones: capacidad de relación y de análisis. Su más espectacular muestra radica en la obra que le hizo famoso y en la que trabajó tres décadas, el monumental "Diccionario de filosofía".

Luego, está su pensamiento original, "El ser y la muerte", "El ser y el sentido", etcétera —véanse sus "Obras selectas" en "Revista de Occidente"—, que se inscribe en lo que él llamaba el integracionismo analítico, muy propio de la filosofía angloamericana, en la que, en lugar de fabricar grandes teatros verbales y esencialistas, a la manera francesa y en parte española, se labora con pragmatismo y conocimiento sobre la fenomenología existente, se la expone y disecciona. Con una atención primordial hacia la ciencia, la más auténtica vía de conocimiento. Al fin, con fatigada desazón ante las ideas estrictas, buscó una mayor inmersión en la estética creadora, en los anhelos del hombre, por lo que había intentado el cine y se afanaba en la novela.

Ferrater poseía un entrañable y velado sentido de la fidelidad amical, a la par que un carácter a veces irritante. Era exigente, crítico, estimulante, y en contra de casi todos en este país, jamás comulgó con ninguna rueda de molino. Conviví con él en las suaves colinas de Pensilvania, en su apartamento y más tarde en la casa de su segunda esposa, Priscila. Los solitarios jardines de grandes árboles, el hermético mundo de los amish, los espectaculares "shopping-centres"... Después, en Mallorca, en mi casa. En Semana Santa recogíamos en los campos las primeras habas tiernas, en verano recorriamos la costa en barca y bebíamos vino bajo las estrellas. Ferrater filmó dos documentales sobre mi pueblo; son de un sereno esplendor sensorial. Su mirada intensa y grave... ●